



Los Cañones y la Bendición

Por PEPE CHACARILLA

El que no ve en la política internacional norteamericana —en especial la que atañe a América Latina— las contradicciones, es que es zonzo o ha comido waffles. Si no, veamos el caso de Santo Domingo que, hasta el momento en que descerrajo este palito, es un botón de muestra que ni pedido de encargo a Nueva York. Hace una tonelada de años los "marines" entraron a la isla, se apoderaron de ella, la organizaron para su provecho, crearon un ejército y, al frente de estas tropas, colocaron a Rafael Leonidas Trujillo, un bandolero sin escrúpulos que de te'grafista avanzó, mediante el hombro yanqui, hasta Padre de la Patria. Los buques del "big stick" (una especie de palo amargo pero con pólvora, que en aquellos tiempos era el trato de los amos del norte para con nosotros, los cebosos latinoamericanos) se plantaron frente a las costas de la isla de Colón y hasta que no estuvo en el poder el sirviente con entorchados no se fueron a su casa.

Pasaron 32 años de horror. El títere hizo lo que quiso: se apoderó de todas las riquezas, mató gente sin el menor escrúpulo, sedujo a todos los políticos de alma mercantil (aquí llamados "independientes" por Ravínez), encaramó a su numerosa familia en los puestos claves, se divorció mediante una ley expresamente creada para él, violó mujeres a su gusto, convirtió a todas las instituciones en felpudos para sus botas, se fue de vacaciones dejando a sus testaferros como suplentes, torturó a los pocos rebeldes que en ese feudo osaban manifestar su descontento, tuvo una organización internacional de asesinos, y se convirtió en el inmediato inferior de Dios ("Dios y Trujillo", era el lema del monstruo). Los yanquis hicieron cera y pabilo del país, que era una colonia con bandera propia. Nunca los demócratas norteamericanos le dijeron nada al asesino con respecto a sus asesinatos.

Hace poco —un año, dos a lo más—, el Departamento de Estado decidió que el feroz administrador de su hacienda dominicana estaba muy gastadito. A regañadientes apoyaron en la OEA ruptura y sanciones contra el sicario (pero el comercio de exportación e importación siguió sacando la troncha habitual). Por otro lado, alentaba su caída. Y esta se produjo. Le metieron al sicilíptico cuerpo del sátrapa una alta dosis de plomo y los Estados Unidos se aprestaron a poner en su lugar una nueva invención para su servicio, un doctorcito adulón de apellido Balaguer que, de la noche a la mañana, comenzó a hablar de democracia. Los deudos del muertazo, ni cortos ni perezosos, quisieron agarrar la mamadera que consideraban su herencia: "Ramfis" a la cabeza, ese "play boy" de horca y cuchillo, y sus tíos Arizmendi, Héctor, etc., unos zamarros capaces de pegarle al padre en el día de su cumpleaños. Mister Kennedy, el Pentágono y los otros dioses del Parnaso de Wall Street consideraron que bueno era Trujillo pero no tanto. ¿Qué hicieron estos Santos Padres del Dólar? Mandaron los mismos "marines" de 32 años atrás para obligar a los hermanos corsos y a su sobrinito a dejar la isla para vivir de sus rentas en Miami, París, San Francisco o Londres. Los mismos buques que pusieron al papi sacaron a la lechigada.

Nada de Trujillo —dice ahora Washington—; Balaguer es el hombre. Dentro de 30 años, quizá, mandemos de nuevo los barcos para que cambie el gobierno. Esto es lo que llaman "democracia representativa": un sistema electoral de cañones que desde los portaviones y los cruceros apuntan contra el pueblo. ¿Y la oposición, los Fiallo y demás? Bien, gracias. Siguen esperando que Kennedy los bendiga. Van a esperar mucho, arrodillados y con la cabeza sobre el pecho.